JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL DILEMA

COMEDIA DRAMÁTICA
— EN DOS ACTOS —



LIBRERIA Y EDITORIAL
RIVADENEYRA

[illegible]

[illegible]

[illegible]

A la insigne
María Gámez con
devota admiración
y afectuosa amistad
Juan Pujol de Seno

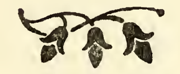
EL DILEMA

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL DILEMA

COMEDIA DRAMÁTICA EN DOS ACTOS

Estrenada en el teatro Eslava, de Madrid,
el día 7 de Marzo de 1923.



MADRID
1923

A Gregorio Martínez Sierra,

mi maestro.

Juan Ignacio Luca de Tena.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA LUISA........................	Sra. Bárcena.
JUSTINA	Srta. Leal.
MERCEDES	" [illegible]
NATALIA (doncella).................	" Martínez.
PEPITA	Niña Jiménez.
JORGE	Sr. Martori.
ALEJANDRO	" Collado.
MANOLO VELASCO..............	" Pérez de León.
DON FAUSTINO.....................	" De la Vega.
AYORBE	" [illegible]
EVARISTO (asistente de Jorge).	" Vázquez.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Gabinete mitad sala, mitad cuarto de estar. Hay una puerta al foro y otra en el lateral izquierda. En el lateral derecha, un balcón.

Muebles modernos y sencillos. Hacia la derecha, una mesa, y arrimada a ella, una meridiana. Encima de esta mesa un aparato de luz con pantalla. Otra mesa más pequeña en la parte izquierda de la escena. Es por la tarde. A poco de levantarse el telón empieza a anochecer.

MARIA LUISA, sentada en una silla, cose sin levantar la vista de la aguja. PEPITA, su hija, niña de seis años, muy cerca de ella.

PEPITA

Oye, mamá: ¿Por qué dice tía Concha que papá es malo?

MARÍA LUISA

¿Eso dice tía Concha?

PEPITA

Sí. Dice que es malo; pero también dice que es muy bueno. ¿Cómo te explicas tú eso? Es raro, ¿verdad?

MARÍA LUISA

Muy raro.

PEPITA

Y de mí, dice que soy muy buena. ¿Por qué dices tú que soy mala, si la tía dice que soy buena?

MARÍA LUISA

Porque unas veces eres buena y otras mala.

PEPITA

¿Hoy he sido buena?

MARÍA LUISA

Sí.

PEPITA

Entonces, ¿me dejarás ir al *cine?*

MARÍA LUISA

No.

PEPITA

Pues ayer fuí. Y anteayer.

MARÍA LUISA

Por eso mismo.

PEPITA

Pues si no voy al *cine,* ¿por qué salgo hoy tan tarde?

MARÍA LUISA

Porque no has visto a papá todavía. Pero como no viene, te vas a vestir ya, ¿sabes, rica?

Hacen medio mutis por la lateral izquierda. EVARISTO sale por el foro. Es el asistente del dueño de la casa; viste de uniforme.

¿Quién es?

EVARISTO

Los señoritos de arriba.

MARÍA LUISA

Que pasen, que en seguida salgo. Anda, nena, vamos a que te vistan.

Vase María Luisa con Pepita por la puerta lateral izquierda. Evaristo, que ha hecho mutis por el foro, vuelve en seguida acompañando a los señores de AYORBE, un matrimonio en los linderos de la última juventud.

MERCEDES

¿No hay nadie?

EVARISTO

En seguida saldrá la señorita.

AYORBE

¿El señorito está hoy de servicio?

EVARISTO

No, señor; no entra hasta mañana. Pero hoy almorzó en el cuartel, y no ha regresado todavía.

Mutis foro.

MERCEDES

Yo no me marcho sin saber lo que va a pasar.

AYORBE

Probablemente, nada; ya conoces a Jorge. ¡Parece mentira que sea militar! Pero te ruego que no seas indiscreta con María Luisa. Ella es posible que lo ignore todo. Yo le hubiera expuesto a Jorge su situación, sin ambages ni rodeos, como debe hablar siempre un amigo leal. Siento que no esté, porque tengo prisa.

MERCEDES

Yo no le pienso decir a ella ni una palabra. Ya conoces mi discreción.

AYORBE

Porque la conozco te suplico que no hagas referencia al asunto.

Sale María Luisa por la izquierda.

MARÍA LUISA

¡Hola!

MERCEDES

¿Cómo estás, preciosa?

AYORBE

Buenas tardes. Ya me ha dicho el asistente que no está su marido. Volveré después de cenar, porque tengo que hablarle. No saldrá esta noche, ¿verdad?

MARÍA LUISA

No sé. Quizá vaya al ensayo general de su hermano.

AYORBE

Es verdad, que Alejandro estrena mañana. Bueno, cuando yo vuelva a casa preguntaré al subir. Hasta luego.

MARÍA LUISA

Hasta luego, Ayorbe.

Joaquín hace mutis por el foro. Quedan en escena María Luisa y Mercedes.

MARÍA LUISA

¿Es algo urgente?

MERCEDES

¡Qué sé yo! Cosas de hombres. ¿Tú no sabes nada?

MARÍA LUISA

Riendo.

Mujer, yo ¿cómo lo voy a saber? Si acaso tú, puesto que es tu marido quien desea hablar con el mío.

MERCEDES

Podías estar al tanto de los asuntos que interesan a Jorge...

MARÍA LUISA

Alarmada.

¡Me lo dices de un modo! ¿Ocurre algo?

MERCEDES

No, mujer, por Dios. ¿Qué va a ocurrir? Es decir, yo no sé... Y si lo supiera no te lo diría como fuera una cosa desagradable. Ya conoces mi discreción.

MARÍA LUISA

Ya, ya...

Pausa.

MERCEDES

Es que a mí me ocurre algunas veces... He sido tan dichosa, que me da miedo tanta felicidad. Siempre estoy temiendo desgracias. ¿No te pasa a ti lo mismo?

MARÍA LUISA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué novelera eres!

MERCEDES

¡No te rías!

MARÍA LUISA

¿No me he de reir? ¡Qué ocurrencia! A mí nadie me aventaja en felicidad—¡Jorge es tan bueno!—, pero no temo nada. Me limito a pedirle a Dios que me conserve la que tengo. Anda, acompáñame al cuarto de mi nena, que la estaba vistiendo para que salga.

MERCEDES

No, no; te dejo. Yo también volveré luego con Joaquín. No me hagas cumplidos. Hasta luego.

MARÍA LUISA

Hasta luego entonces.

Mutis por la izquierda.

Mercedes va a salir por el foro, y se detiene al encontrarse con JORGE, que llega seguido de su asistente. Jorge es capitán del Ejército. Viene de uniforme caqui, y trae en la mano la gorra y un látigo.

JORGE

¡Mercedes! ¿Usted aquí?

MERCEDES

¿Qué tal, perdido?

JORGE

¿Perdido?

MERCEDES

María Luisa le esperaba muy impaciente.

JORGE

¡Ah, vamos! Se conoce que ha llegado a ella el chisme del día; ¿quién habrá sido el alma caritati-

va? Pero hace mal en preocuparse. Por lo que a mí se refiere, debe estar totalmente tranquila.

MERCEDES

¿Sí...?

JORGE

Se lo aseguro a usted. A mí nadie me ha injuriado directamente, aunque por el artículo, *que usted seguramente habrá leído,* me deba mostrar más ofendido que mis compañeros. Pero ellos no lo piensan así.

MERCEDES

Menos mal. Pues María Luisa no sabe nada. Eso se lo puedo asegurar yo a usted.

JORGE

Menos mal también. Así podré ser yo quien le diga lo ocurrido antes de que se me adelante algún chismoso.

MERCEDES

Hará usted bien. Hasta luego, Jorge.

Mutis.

JORGE

A los pies de usted, señora.

Al asistente.

Toma, lleva esto a mi cuarto. ¿Y mi hermano?

EVARISTO

El señorito Alejandro no almorzó en casa.

JORGE

¿Entonces ha comido la señorita sola? ¡Anda! Si lo hubiera sabido... Y la niña, ¿salió?

EVARISTO

Aún no, mi capitán.

JORGE

Bueno, corre... ¡Ah, oye! Prepárame un traje cualquiera de paisano, que me voy a cambiar.

EVARISTO

Está bien, mi capitán.

Mutis por la izquierda.

Jorge, que traía en la mano un periódico doblado, estrujado más bien, se sienta y re-

lee, con furor reconcentrado, un artículo que, sin duda, ha examinado ya más de una vez. Por último tira el periódico en la mesita pequeña. Por la puerta lateral izquierda salen MARIA LUISA, PEPITA y JUSTINA, la niñera. María Luisa es joven y bonita; aún no cumplió los treinta años. Pepita frisa en los seis.

MARÍA LUISA

Anda, vamos a decirle adiós a papá.

JORGE

Ven aquí, encanto mío. ¿Adónde vas, vamos a ver?

PEPITA

Yo quiero ir al *cine*, papá.

JORGE

Pues vas, hija, vas. ¿Quién te lo impide?

MARÍA LUISA

Yo se lo impido, ¿sabes? Son ya muchos días de cinematógrafo. Luego por la noche no duerme pensando en las cosas que ha visto.

PEPITA

Es que hoy ponen película de series. Y yo quero ir al *cine*.

JORGE

¡Ja, ja, ja!

MARÍA LUISA

Eso es, ríele tú la gracia.

JORGE

No te enfades, mujer.

MARÍA LUISA

No seas caprichosa. Mira, vas a ir a casa de la tía Concha, que te quiere tanto y hace muchos días que no te ve, ¿sabes?

JUSTINA

Bien, señorita.

MARÍA LUISA

Anda, monina. Hasta luego.

PEPITA

En la puerta ya.

Yo quero ir al *cine,* tata.

JUSTINA

Cállate, rica, que irás al cinematógrafo. Pero no le digas nada luego a mamá.

Mutis Justina y Pepita por el foro; quedan en escena María Luisa y Jorge. María Luisa se sienta en una butaca y hace labor.

MARÍA LUISA

Cuánto has tardado.

JORGE

Sí. En el cuartel hemos tenido junta de oficiales. Y aún sigue. Allí los he dejado.

MARÍA LUISA

¿Ocurre algo de particular?

JORGE

Algo desagradable, sí. ¡Muy desagradable!

MARÍA LUISA

¿Y es?

JORGE

Como sabes, este periódico viene haciendo una campaña contra el Ejército en unos artículos, firmados por un tal Zaldívar. En el número de hoy arremete particularmente contra mi regimiento.

MARÍA LUISA

¿Particularmente...? ¿Por qué razón?

JORGE

Sin ninguna que lo justifique, naturalmente; como todo lo que ha hecho hasta ahora. ¿O crees que tenía alguna razón cuando generalizaba estos días pasados?

MARÍA LUISA

¿Y hoy?

JORGE

Hoy inventa hechos falsos, miente como un bellaco que es, remueve las partículas de cieno que ha podido encontrar entre las murmuraciones del arro-

yo. ¡El miserable...! Entre el fárrago de absurdos que se le han ocurrido, sólo expone un hecho cierto, auténtico, por desgracia, y que a mí me tocó muy de cerca...

MARÍA LUISA

¿Te refieres a aquel desfalco que hizo el pobre Juanito Villena?

JORGE

Exactamente. Tú y yo nos acabábamos de casar, ¿recuerdas?, y en París nos enteramos del desfalco. Yo estaba recién ascendido a capitán y era cajero del regimiento. El pobre Juanito Villena me substituía. Siempre fué un poco loco, y una mujer lo trastornó del todo. ¡Pobre amigo! Cuando se pegó el tiro, todos los oficiales repusimos la falta, cada uno en la medida de nuestras fuerzas; por fortuna, la cantidad substraída no era muy grande. Se echó tierra sobre el asunto, y al poco tiempo casi nadie se acordaba ya de aquel hombre que, después de una honrada juventud, delinquió en un momento de debilidad, pero que, al fin, supo morir como un caballero. ¡Y ahora, después de ocho años, viene un miserable aventurero a deshonrar su memoria!

MARÍA LUISA

¿Pero habla el artículo de Villena? ¡Qué infamia!

JORGE

No le nombra precisamente, pero relata el hecho con todos sus pelos y señales. Del muerto no habla; pero nos denigra a los vivos. ¡Donosa teoría! En todas las clases de la sociedad hay algún delincuente como Villena; pero eso no puede deshonrar a una colectividad.

MARÍA LUISA

¡Naturalmente!

JORGE

"Porque uno de mi pueblo se metió a sastre, aseguran que todos hacemos trajes." ¡No faltaba más! ¿Vamos a ser todos bandidos y ladrones porque uno lo haya sido? Es como si yo afirmara que son unos cretinos cuantos no piensan como yo.

MARÍA LUISA

¿Y dices que ese periodista relata el hecho con todo detalle?

JORGE

Exagerándolo, tergiversando algunos pormenores, dándole más importancia de la que en realidad tuvo... pero lo conoce, sí. Ya te digo que es lo

único cierto que ha podido encontrar entre tanta inmundicia.

Tira el periódico en la mesita de la izquierda.

MARÍA LUISA

Pregunta, temiendo la respuesta.

¿Entonces...?

JORGE

¿Qué?

MARÍA LUISA

¿Sabe también...?

JORGE

¿Que en los primeros momentos fuí yo acusado del desfalco?

Mintiendo.

No, eso no lo sabe.

MARÍA LUISA

Los Tribunales intervendrán.

JORGE

El periódico está ya denunciado. Y a Zaldívar lo procesarán por injurias graves al Ejército. Es un

delito penado en el Código. Pero, como tú comprenderás, nosotros no hemos intervenido en la denuncia ni pensamos pedir el castigo. Eso no es cuenta nuestra. Además, nos tiene sin cuidado. Si el proceso siguiera su curso, a Zaldívar lo condenarían a unos cuantos meses de destierro, y desde donde cumpliera su castigo, podría seguir insultándonos. Y eso ya sería demasiado.

MARÍA LUISA

¿Si el proceso siguiera su curso, dices...? ¿Es que puede interrumpirse?

JORGE

Pensativo.

No; pero quien sabe... Podría suceder, sí.

MARÍA LUISA

¿Qué quieres decir, Jorge?

JORGE

Nada, mujer. No te asustes, que no estoy tan loco para constituirme en vengador de una ofensa que, en realidad, no se me ha hecho a mí personalmente.

Mientras Jorge pronuncia estas últimas palabras, María Luisa ha cogido de encima de la mesa el periódico e intenta leer.

JORGE

¡¡No leas eso!!

MARÍA LUISA

¡Ay, bueno, hijo! Perdona.

JORGE

Trae.

Le coge el periódico.

Voy a ponerme de paisano.

Llega ALEJANDRO por el foro. Es un muchacho alegre y simpático, algo más joven que Jorge.

ALEJANDRO

¡Salud, matrimonio!

JORGE

¡Adiós, autorazo! De haber sabido que no almorzabas aquí, hubiera procurado venir yo para no dejar sola a María Luisa.

ALEJANDRO

¡Toma! Si hubiera yo sabido que tú no estabas, también yo habría hecho los imposibles por venir.

¡Pues poquito que me gusta a mí comer a solas con la preciosidad de mi cuñada!

JORGE

Hasta ahora.

Mutis por la izquierda.

MARÍA LUISA

Sois muy galantes los dos...

ALEJANDRO

Eso es de familia

MARÍA LUISA

Pero es el caso que he comido solita y sin acordarme ni pizca de ninguno de los dos hermanos.

ALEJANDRO

Pues, hija, verás. Yo tenía ensayo a las dos en punto, y como Jorge suele venir más tarde, por no molestarte haciendo que me sirvieran a mí antes, me quedé en el Círculo con Arturo Peña.

MARÍA LUISA

¿Y qué tal ha ido el ensayo, Alejandro?

ALEJANDRO

Bien. Ya estoy en capilla. Mañana, por fin, es el estreno.

MARÍA LUISA

Hazme la autocrítica, anda.

ALEJANDRO

¡Ja, ja, ja! Nunca. ¡Pero ojalá que pudiera hacérsela por separado a cada uno de los espectadores! A cada uno en particular, ¿eh? Todos ellos, individualmente considerados, son unas buenas personas; pero, chica, en conjunto... ¡las fieras del Retiro resultan perrillos falderos a su lado! Cuando no les gusta una obra, no parece sino que el autor ha insultado a sus familias. ¡Santo Dios, y cómo se ponen! Yo recuerdo un estreno donde se armó un escándalo tan fenomenal, que hubo que bajar el telón antes de que terminara la comedia. ¡Qué pateo, qué silbidos, qué gritos! Desde luego, y como es costumbre, pidieron la cabeza del autor; pero, además, la del empresario, por haber admitido la obra. Yo no he visto en mi vida un espectáculo tan imponente... Bueno, pues cuando ya salía del teatro la gente, un honrado padre de familia—fabricante de conservas por más señas—que había dado a la Patria durante su matrimonio cuatro varones y siete hembras, se adelantó furioso

hacia el escenario con un bastón enarbolado, y al llegar cerca de las candilejas, gritó con voz estentórea, sin duda para que le oyeran los del otro lado del telón: "¡Esto no puede quedar así!" Yo no sé qué más querría el buen hombre.

Sale la DONCELLA por el foro.

NATALIA

Señorita. Ahí está el señor Velasco. Viene preguntando por el señorito.

MARÍA LUISA

Que pase aquí.

Se retira la doncella.

Voy a avisar a Jorge.

María Luisa hace mutis por la lateral izquierda. Al salir enciende la luz de la lámpara central. Alejandro enciende un pitillo, y a poco entra por el foro MANOLO VELASCO. Es primer teniente del regimiento de Jorge, y viene de uniforme.

VELASCO

¡Hombre, Alejandro! ¿Cómo estás?

ALEJANDRO

¡Hola, Velasco! Bien. ¿Y tú?

VELASCO

Viviendo lo mejor que se puede. ¿No está Jorge?

ALEJANDRO

Ahora saldrá, sí.

Pausa.

Ya he leído esa indignidad.

VELASCO

No me digas. Del cuartel vengo. Allí hemos estado reunidos toda la tarde.

ALEJANDRO

¿Y qué pensáis hacer?

VELASCO

¡Figúratelo! Uno de nosotros le dispensará el honor a ese Zaldívar de batirse con él.

ALEJANDRO

¿Pero, quién es ese sujeto?

VELASCO

Si no lo conocemos ninguno. Siempre ha trabajado en provincias, y solamente hace unos meses que

vino a Madrid como redactor político de ese periódico.

ALEJANDRO

Irónico.

¿Y a quién le cabe el honor de actuar en ese duelo?

VELASCO

Lo hemos echado a suertes.

ALEJANDRO

¡Vamos, como quien pone un duro a la Lotería!

VELASCO

No, hombre; te diré: Esta mañana, cuando en el cuartel leímos el periódico, tu hermano se empeñó en ser él quien le enviara los padrinos a Zaldívar. Dice que se considera personalmente aludido en el artículo.

ALEJANDRO

Y lo está.

VELASCO

Hombre, lo está... En cierto modo, sí.

ALEJANDRO

Para todos los que conocen aquel desventurado asunto de Villena. Como mi hermano estaba en el extranjero cuando el desfalco, la calumnia se cebó en el inocente. Me consta, y tú también lo sabes, que corrió la voz de que Juanito y él habían realizado juntos la... operación. Después, obligásteis a Juanito a que se pegara un tiro...

VELASCO

¡Hombre...!

ALEJANDRO

¡Ah! ¿No le obligásteis? Estaría yo equivocado; perdona. El caso es que cuando Villena se suicidó, los demás repusísteis la cantidad substraída. Pero, al echar tierra sobre el asunto, no se os ocurrió que la honra intachable de un compañero quedaba en tela de juicio.

VELASCO

¡Qué exageración! Jorge goza en el Ejército de la fama que merece.

ALEJANDRO

También recordarás que en cierto Círculo aristocrático se permitió alguien dar forma a la calum-

nia que latía en el aire. Jorge quiso entablar una cuestión con el sujeto que había osado a tanto; pero como no convenía remover más el asunto, tampoco le dejásteis entonces.

VELASCO

Es verdad. Pero ahora es distinto. Zaldívar no ha aludido a él directamente.

ALEJANDRO

¡Y figúrate si yo me alegro de que mi hermano no se vea precisado a exponer mañana su vida! Lo que te digo es que como aquel asunto de Villena lo solucionásteis vosotros solos en el regimiento, y mucha gente supo que Jorge había sido insultado por un sujeto determinado, desde entonces mi hermano tiene fama en el Ejército de no querer batirse. Y esta situación es muy violenta para un militar.

VELASCO

En parte, tienes razón, sí. Por eso Jorge se puso tan furioso cuando vió que nos negábamos a aceptarlo como defensor. Pero no había más remedio. El duelo, como es natural, va a ser en condiciones gravísimas, ¡figúrate! Jorge, en realidad, no se puede considerar más ofendido que los demás. Lo justo era que nos sorteáramos.

ALEJANDRO

¿Y a quién le ha tocado?

VELASCO

¡Hombre...!

ALEJANDRO

Es verdad; perdona mi indiscreción. ¡Soy un majadero! Después de todo, no tardaré mucho en saberlo.

VELASCO

Es de esperar. Al principio, cuando vimos la actitud de tu hermano, todos, principiando por el coronel, se la agradecimos, comprendiendo que, si no el más ofendido, verdaderamente era el más obligado. Después, cuando se decidió hacer el sorteo, Jorge se ofendió tanto, que se marchó del cuartel dejándonos allí.

ALEJANDRO

Y tú vienes ahora a notificarle a quién le ha caído el premio gordo.

VELASCO

Riendo.

Precisamente.

Por la izquierda sale Jorge vestido de paisano.

ALEJANDRO

Pues mira, ahí le tienes.

JORGE

Hola.

VELASCO

Hola. Me figuro que se te habrá pasado el berrinche. Tú no te has dado cuenta de cómo te pusiste.

JORGE

Realmente, ahora comprendo que estuve un poco desconsiderado. Pero comprende tú que el caso no era para menos. Espero que el coronel habrá sabido disculparme. Además, estoy seguro de que nuestro jefe me daba la razón. ¿A quién se le ocurrió la disparatada idea del sorteo?

VELASCO

A mí.

JORGE

Muchas gracias, hombre. ¿Y qué hay de nuevo?

VELASCO

Ya te diré.

Pausa. Alejandro mira a los dos amigos y comprende que estorba.

ALEJANDRO

Bueno, hijitos; me marcho antes de que me echéis.

VELASCO

No, hombre.

ALEJANDRO

Adiós, Velasco. Sinceramente celebraré que no hayas sido tú el favorecido por la suerte.

VELASCO

No te doy las gracias. Adiós.

ALEJANDRO

Hasta luego, hermano. No me esperéis a comer si no estoy aquí a las nueve.

JORGE

Bueno. Hasta luego.

Vase Alejandro por el foro y hay una pausa, durante la cual, Jorge espera con expectación las noticias que le va a dar su amigo. Por fin pregunta ansiosamente.

Qué... qué.

VELASCO

¡Enhorabuena, chico! Te ha tocado a ti.

JORGE

Como si, en efecto, acabaran de decirle que le ha caído el premio gordo.

¡Manolo! ¿Pero, es verdad?

VELASCO

Sí, hombre, sí.

JORGE

¿Ves tú? ¡Si tenía que ser! ¡Como que no había razón para que fuera otro! Hay Providencia.

VELASCO

Te diré. ¿Tú crees que ha sido la Providencia?

JORGE

¿Quién si no?

VELASCO

Es que... Yo he intervenido en varios duelos, y te lo confieso, tengo miedo. Esta vez tengo miedo. No lo tendría si hubiera sido yo el designado. Pero se trata de ti. Y ahora, pensando en frío, te lo confieso: tengo miedo.

JORGE

¡Naturalmente! Como que ahora no podemos salir del paso con una mojiganga; tiene que ser una cosa seria, muy seria.

VELASCO

Para que lo fuera, nos juramentamos todos antes del sorteo. Pero estamos hablando todavía en

hipótesis. Puede ser que Zaldívar no acepte la cuestión o que dé explicaciones.

JORGE

Sería muy cómodo. Después del insulto, del agravio, retirar todo lo dicho. Es uno de los absurdos de estas cuestiones.

VELASCO

Si él nos da una satisfacción, los Tribunales se encargarán de castigarle.

JORGE

Tú lo has dicho: los Tribunales se encargarán de castigarle. ¿Pero por qué no hemos supeditado nosotros nuestra actuación a la de los Tribunales? Porque nos parecía que la sanción determinada por el Código no está en consonancia con la ofensa inferida. Mas ya verías que por muchas explicaciones que diera, no le interrumpirían su proceso. En cambio, nosotros, que nos tomamos la justicia por nuestra mano, porque nos parece la mejor, si Zaldívar nos da explicaciones, tendríamos que resignarnos a renunciar a nuestra justicia. ¡Ahí está el absurdo! Pero me parece que ahora es cuando estamos hablando en hipótesis. Zaldívar se batirá, ¡pues

no faltaba más!; le obligaremos a batirse. ¿Padrinos?

VELASCO

El coronel se te ofrece.

JORGE

Muy bien; ya tengo uno. El otro... no necesito decirte a quién designo, ¿verdad?

VELASCO

Hombre, muchas gracias. Lo siento por las condiciones en que tendré que concertar el lance; pero te agradezco la confianza. En estas cosas no puede uno excusarse.

Sonriendo.

Tengo la obligación de obedecerte, como amigo y como superior.

JORGE

Riendo también.

Sobre todo como a superior.

VELASCO

Me voy a ver al coronel. Abajo tengo un coche. Luego volveré.

JORGE

Y nada de blanduras, Manolito.

VELASCO

Descuida. Todos estamos interesados en ello.

JORGE

Somos los ofendidos y tenemos derecho a imponer las condiciones que nos dé la gana. A pistola rayada, veinte pasos y apuntando.

VELASCO

Bien. En eso estábamos, precisamente.

Sale María Luisa por la puerta lateral izquierda. La expresión de su rostro denota que ha estado escuchando la conversación de los dos amigos.

MARÍA LUISA

Buenas tardes, Velasco.

VELASCO

A los pies de usted, señora. Buenas tardes. Yo ya me marchaba cuando usted salió.

MARÍA LUISA

Adiós, Velasco.

VELASCO

Hasta luego, Jorge.

JORGE

Adiós, Manolo.

Vase Velasco por el foro.

MARÍA LUISA

¿Va a volver más tarde?

JORGE

No sé. Sí, es posible.

MARÍA LUISA

Como se ha despedido de ti hasta luego...

JORGE

¡Ah! Maquinalmente, mujer.

Pausa larga.

MARÍA LUISA

¡Qué casa tan pequeña tenemos...! Para un matrimonio como nosotros, con una sola hija, es suficiente. Pero, en cambio, tiene muchas desventajas. Por ejemplo: estando en una habitación se suele oir, aunque no se quiera, lo que dicen en otra... Sobre todo si la persona que habla está excitada.

Hay otra pausa embarazosa, tan larga como la anterior.

Jorge, si yo te pidiera un favor, un inmenso favor, el primero que te pido, ¿serías capaz de negármelo?

JORGE

María Luisa...

MARÍA LUISA

¿No me contestas, Jorge?

JORGE

Pídeme lo que quieras, mujer. Pero ten en cuenta, al pedir, que de todo lo que de mí solicites, sólo una cosa no podría yo concederte.

MARÍA LUISA

¡Jorge...! ¡Eso es, precisamente, lo que te pido!

JORGE

No, María Luisa, no. ¡Imposible! He sido un majadero con mis gritos, dando lugar a que te enteres de lo que debías ignorar.

MARÍA LUISA

¡Por nuestra hija, Jorge!

JORGE

¡No me martirices, María Luisa! ¡Por Dios te lo pido!

MARÍA LUISA

¡Por Dios te pido yo a ti que renuncies a tu locura!

JORGE

Tú eres quien estás loca. ¿No comprendes que lo que me pides es un imposible, que me pondría en ridículo si te hiciera caso, que tendría que abandonar mi carrera? ¿No sabes que me han calumniado, que me han ultrajado?

MARÍA LUISA

¿A ti?

JORGE

A mí, a lo que soy, a lo que represento: al honor de mi corporación, que es el mío.

MARÍA LUISA

¿Tu honor...? Tu honor te impulsa a matar, ¿verdad?

JORGE

¡Sí!

MARÍA LUISA

Pero tu conciencia, ¿qué te dice?

JORGE

Para un hombre digno, el honor y la conciencia son una misma cosa.

MARÍA LUISA

¿Lo crees así? Pues ¿por qué no has contestado concretamente a mi pregunta? No intentes convencerte a ti mismo de lo que no sientes, Jorge, de lo que no puedes sentir. Si yo supiera que sentías con

el corazón lo que has dicho, te odiaría. ¡Te odiaría, sí, te odiaría! Y no te odio, Jorge de mi alma, ¡te quiero!, ¡te quiero!, ¡te quiero! ¿No me ves temblar por tu vida?

JORGE

¡María Luisa, por Dios!

MARÍA LUISA

¿Pero es verdad que tu conciencia te impulsa a batirte?

JORGE

Ya te he dicho que me impulsa mi honor, que es lo mismo. Las mujeres no podéis entender esto.

MARÍA LUISA

No podemos, no. Una mujer, cuando quiere ser honrada, necesita, primero, ser buena, y los hombres, para ser dignos, tienen, sin duda, que matar o suicidarse, como tu amigo Juanito Villena, "que supo morir como un caballero", faltando a todas las leyes divinas y humanas. En eso sí llevas razón. Para las mujeres, la palabra "honor" tiene una significación distinta de la que vosotros le dais.

No entendemos, no podemos entender vuestro honor.

JORGE

Pero si me han insultado, si me han ultrajado... y las leyes no me amparan... Cuando el Derecho internacional es insuficiente para dirimir una querella entre dos naciones, las dos naciones emplean la fuerza para defenderse.

MARÍA LUISA

Es que tú me dijiste una vez que la espada del soldado no se forja para hacer la guerra, sino para mantener la paz; que los ejércitos no sirven para matar hombres de otra raza, sino para impedir que se maten. Me dijiste que tu carrera significa la libertad, el orden, la independencia de la Patria, el sostén más firme del derecho. Todo eso me dijiste un día que representaba el Ejército. Si ahora piensas otra cosa, es que has variado de opinión, Jorge. ¡Fuiste tú, fuiste tú quien me dijiste todo esto! Yo no sé... Sólo sé que te quiero, ¡que te quiero y tiemblo por ti! Pero como razono con tus propias palabras, mi voz es la de tu conciencia. Ya despierta, ¿verdad?

JORGE

¡María Luisa, por caridad, por lo que tú más quieras; no me martirices más! Déjame.

MARÍA LUISA

Si no sirven mis razonamientos, apiádate de mis lágrimas, Jorge. ¡Por mi cariño, si es que vale algo para ti!

Dentro empieza a oirse un rumor que va creciendo gradualmente. Primero parece que viene de la calle, mas luego, a medida que se va acentuando, se comprende que es en la misma casa donde suenan las voces.

JORGE

¿Qué es eso?

Pausa corta. Los dos escuchan ávidamente.

MARÍA LUISA

No sé.

NATALIA

Entrando despavorida por el foro.

¡Señorita... la niña! ¡Que traen a la niña herida!

MARÍA LUISA

¿Pero qué dices? ¡Jesús!

Vase precipitadamente por el foro. Jorge la sigue. Queda la escena sola un momento. A poco, entre el murmullo de voces se percibe la voz de Jorge muy claramente.

JORGE

Dentro.

Por aquí, doctor.

Sale Don Faustino con la niña desvanecida en sus brazos. Le siguen, aterrados, María Luisa y Jorge, la doncella angustiada, y, por último, Justina, medio alelada por el espectáculo trágico que acaba de presenciar.

JORGE

Señalando la meridiana.

¡Aquí, déjela aquí!

MARÍA LUISA

¡Dios mío de mi alma!

DON FAUSTINO

Se ha desvanecido otra vez. El susto... Pero no se apure usted, señora, que no es nada. Ya la han curado en la Casa de Socorro. Las quemaduras no tienen importancia.

MARÍA LUISA

¿Las quemaduras? ¡Justina!

JUSTINA

¡Perdóneme usted, señorita, perdóneme usted! ¡Mátenme después, que bien lo merezco; pero perdónenme primero! Se empeñó en ir al *cine*. Yo no quería; pero se empeñó. Cogió una rabieta en la calle. Yo no quería, de verdad que no quería. Pero ella seguía llorando, se tiró al suelo, y por no contrariarla...

JORGE

¡Calle, retírese, calle!

JUSTINA

¡Por Dios, señorito, perdóneme usted!

DON FAUSTINO

Calma, señores, tranquilícense ustedes. Repito que, afortunadamente, no tiene nada o, por lo menos, muy poco.

MARÍA LUISA

¡Ya vuelve, ya vuelve! ¡Hija de mi vida!

María Luisa, Jorge y Don Faustino rodean a la niña. La servidumbre forma grupo aparte.

NATALIA

¿Pero cómo fué?

JUSTINA

A ese señor—Zaldívar creo que se llama—deben esos padres el no haberse quedado sin hija.

NATALIA

Yo creía que era un médico.

JUSTINA

No. Es un periodista: Don Faustino Zaldívar. Nosotras estábamos en las butacas del primer piso cuando se oyó la voz de fuego. Hija, yo no sé cómo salí. En volandas me sacaron, y de pronto, me vi en la calle sin la niña. El edificio ardía por todos lados. ¡Qué angustia, Santo Dios! Dentro se oían crujir las maderas; parecía que todo se iba a venir abajo. Cuando apareció por la calle a todo correr el automóvil de los bomberos, vi que ese señor salía con la niña en brazos.

En este momento Jorge se separa de su hija y atiende a la relación.

Después, en la Casa de Socorro, me contaron cómo la sacó. El sitio dende nosotras estábamos se

había desocupado en un momento; sólo quedaban allí unos cuantos niños que ya no podían bajar por las escaleras, que ardían; otros habían muerto pisoteados por la gente al salir. Y los niños lloraban, lloraban los pobrecitos, aterrados. Los bomberos no habían llegado aún. Las personas que quedaban abajo los miraban angustiados; pero ninguna se atrevía a subir. Sólo ese señor, tan débil como parece, trepó como un gato por una columna, llegó arriba, agarró a la primera niña que encontró, la nuestra; volvió a bajar con ella... ¡Cuando acababa de poner los pies en el suelo, se derrumbó el piso!

NATALIA

¡Dios mío!

Jorge se acerca al grupo que forman María Luisa, su hija y Don Faustino.

JORGE

¡María Luisa! A este señor se lo debemos todo, todo. Sin él, nuestra hija hubiera muerto aplastada.

MARÍA LUISA

¡Caballero...!

DON FAUSTINO

Ya hablaremos luego; no me avergüencen ustedes. Ocúpese ahora de su hija, señora. Mejor estará en su camita.

JORGE

Sí, sí; llévatela.

MARÍA LUISA

A la doncella.

Natalia, ven conmigo.

Entre María Luisa y la doncella se llevan a la niña. Justina las sigue cabizbaja. Quedan solos en escena Jorge y Don Faustino. Este último se ha dejado caer en una silla, con gesto de cansancio. El agradecido padre se acerca a él solícitamente.

JORGE

Pausa.

Caballero, ¿está usted herido? ¿Necesita usted alguna cosa?

DON FAUSTINO

Muchas gracias, señor. También a mí me atendieron en la Casa de Socorro. Gracias.

JORGE

¿Usted me da las gracias a mí...? Pero veo que tiene usted vendada una mano. ¿Acaso...?

DON FAUSTINO

Nada; una pequeña quemadura; la única.

JORGE

Señor mío, yo no sé cómo decirle... No encontraría palabras con que expresar a usted lo que siente mi corazón en este momento... Esa niña a quien usted ha salvado tan heroicamente, es mi única hija. Si usted también es padre, sólo pensando en los suyos podrá comprender los sentimientos de mi alma hacia usted.

DON FAUSTINO

Es usted muy amable, señor; pero mi servicio no vale la pena; se lo digo a usted tan sinceramente como lo siento. Otro, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo.

JORGE

Pero el caso es que quien lo hizo fué usted.

DON FAUSTINO

¡Bah! Comprendo, sin embargo, su emoción precisamente por algo que dijo usted antes. Yo también soy padre, y de cuatro hijos. Si algún estímulo interesado tuvo mi acción, fué al pensar en ellos. Cuando vi aquellos nenes, tan pequeños, tan indefensos, rodeados de llamas, próximos a asfixiarse o a morir aplastados, fué mi corazón, no mi voluntad; él me lanzó a trepar por la columna. Una vez arriba, cogí a su niña de usted, como pude haber cogido a cualquier otro.

JORGE

Es que Dios ha querido que sea yo, y no otro, quien le ofrezca a usted mi vida, cuanto soy y cuanto represento, porque nadie podría aventajarme en agradecimiento.

DON FAUSTINO

Yo también le quedo muy reconocido por su amabilidad.

Se levanta.

¡Ea, señor! A tranquilizarse y a no pensar más en lo que pudo suceder. He tenido mucho gusto en conocerle.

JORGE

Yo le repito que siempre a sus órdenes.

Sale María Luisa por la izquierda.

DON FAUSTINO

Faustino Zaldívar, redactor jefe de *La Luz Nueva*...

MARÍA LUISA

Con un grito.

¿Eh?

JORGE

¿Faustino Zaldívar?

DON FAUSTINO

Servidor de ustedes. ¿Acaso no les es desconocida mi firma? Y yo, ¿a quién tengo el gusto de hablar?

JORGE

Me llamo Jorge Frontera, y soy capitán del regimiento del Triunfo.

DON FAUSTINO

Tras un ligero asombro, del que se repone en seguida.

¡Ah...! ¡Pues a la orden de usted, señor Frontera!

Pausa. Los dos hombres se miran con encono.

MARÍA LUISA

Suplicante.

¡Jorge...!

Jorge vacila. Dos sentimientos encontrados batallan en su mente. Por fin logra dominar uno de ellos haciendo un gran esfuerzo de voluntad.

DON FAUSTINO

¡A la orden de usted!

JORGE

Señor Zaldívar, tendría un gran placer en estrechar su mano.

DON FAUSTINO

Por mí...

Se estrechan la mano.

JORGE

Gracias.

DON FAUSTINO

A los pies de usted, señora.

Vase por el foro.

María Luisa no se ha movido de la puerta lateral izquierda desde que salió a escena. Cuando se marcha Zaldívar hay una pausa muy larga. Jorge se sienta, pensativo, en una butaca. Ella, entonces, se acerca a él, y cariñosamente le pone la mano en el hombro.

MARÍA LUISA

Sencillamente.

Gracias, Jorge.

JORGE

Emocionado.

A ti.

Tomándole una mano.

¡María Luisa! ¡Mi María Luisa!

MARÍA LUISA

Hasta ahora.

Muy despacio se marcha nuevamente al cuarto de su hija. Jorge, al quedar solo, se siente satisfecho de sí mismo.

JORGE

¡Vale más la conciencia que el honor!

Sigue un momento pensativo. Después se levanta, y asomándose a la puerta del foro, llama al asistente.

¡Evaristo! ¡Evaristo!

EVARISTO

Por el foro.

A la orden de usted.

JORGE

¿Tú sabes dónde vive el teniente Velasco?

EVARISTO

Sí, señor, mi capitán.

JORGE

Vas a llevarle una carta. Ahora te la daré. Espera.

Llega Velasco por el foro.

EVARISTO

Aquí está el teniente.

JORGE

¡Ah, muy bien! Nada entonces.

El asistente se retira.

VELASCO

¿Qué hay?

JORGE

Poco has tardado, Manolo. Precisamente te iba a escribir ahora.

VELASCO

¿Sí? Pues no puedes figurarte las cosas que he hecho en este tiempo. ¡Ah! Quería decirte antes que nada: a Zaldívar no se le sigue proceso.

JORGE

¿No?

VELASCO

Claro; sería ridículo. El fiscal militar, adivinando nuestra actitud, decidió desde el principio no molestar a ese sujeto judicialmente. Su actuación se ha limitado a denunciar esta mañana el número del periódico. Chico, es una gran cosa ésta de que en nuestros asuntos no intervenga la autoridad civil. De lo contrario, el proceso hubiera seguido su curso, y aunque nosotros no lo pedíamos, siempre hubiera sido muy violento entablar la acción personal actuando al mismo tiempo la justicia. Bueno; vi al coronel, quien ya se figuraba el alegrón que tú ibas a tener al saberte designado. Me ha encargado que te felicite en su nombre; todos los compañeros te envían, por mi conducto, su enhorabuena. Desde luego, te apadrinamos el coronel y yo. Ya hemos escrito a ese sujeto rogándole que designe dos amigos para que se entiendan con nosotros. Aquí tienes copia de la carta.

JORGE

Gracias. No la necesito.

VELASCO

Ya sé que confías en nosotros. Pero es por si tienes gusto en conservarla.

JORGE

No es eso, Manolo. Sé que mis palabras van a asombrarte. Es que durante tu ausencia he variado de opinión.

VELASCO

No te entiendo.

JORGE

Pues vas a comprenderme en seguida. Verás qué claramente lo entiendes: He decidido no batirme.

VELASCO

Pero, ¿qué dices, Jorge? ¿Estás en tu juicio...? ¡Bah! Supongo que eso será una broma.

JORGE

Puedes tomarlo como quieras. El caso es que no me bato. Soy enemigo de circunloquios ni rodeos, y por eso empiezo por exponerte mi decisión en estos términos sencillos: No me bato. Comprenderás que mis razones tengo para ello. Escúchame, Manolo. Tú eres mi amigo, te conozco y sé que sabrás comprenderme—en mi lugar, tú harías lo mismo, estoy seguro—. Mi hija estaba en un ci-

nematógrafo que se ha incendiado. Casualmente se encontraba ese hombre también allí. Y la ha salvado de una muerte segura, exponiendo él su vida.

Pausa.

¿Qué me contestas? Deseo conocer tu franca opinión.

VELASCO

Realmente... Tu situación es muy delicada, delicadísima. Tienes razón, sí; pero... Yo no sé qué decirte. Porque tú estás ahora justamente impresionado, conmovido por el hecho casual que acabas de relatarme. Pero, por otra parte, Jorge, ¿tú has meditado bien las consecuencias que tu decisión puede acarrearte?

JORGE

No me importan las consecuencias. Sólo pienso en cuál es mi obligación.

VELASCO

Eso piensas ahora, sí. Mas, ¿y después? Cuando se amortigüe el golpe que acaba de recibir tu sensibilidad, ¿no te arrepentirás? Zaldívar nos ha insultado, nos ha escarnecido, te ha calumniado a ti más que a ninguno. Yo me pongo en tu lugar, comprendo perfectamente tus vacilaciones...

JORGE

No he vacilado ni un instante. Respondo a los dictados de mi conciencia.

VELASCO

Pero, y tu honor, ¿qué te dicta?

JORGE

¿Eh? ¿Mi honor...?

Sintiendo que algo muy hondo se desgarra en su alma, repite maquinalmente y ensimismado sus palabras de antes.

Para un hombre... digno... el honor y la conciencia..., ¿son... una misma cosa...?

VELASCO

Eres militar, Jorge. Si fueras ingeniero o abogado podrías, en buen hora, no aceptar un duelo. Sería un personal punto de vista no aceptarlo, y si tú quedabas satisfecho, podrías despreciar las murmuraciones del vulgo. Pero eres militar, no tienes una gran fortuna; tu carrera puede decirse que es el único sostén de tu familia. Yo no hubiera querido recordártelo, pero...

JORGE

Pero, ¿qué... qué...?

VELASCO

Desde aquel malhadado asunto de Villena, tu situación en el Ejército es un poco violenta... Si ahora te empeñaras en no batirte, llegaría a hacérsete intolerable.

JORGE

Con amargura.

Comprendido.

VELASCO

Chico, yo siento tener que hablarte tan claramente... Lo hago por tu bien. Créeme que si en mi mano estuviera, sería yo quien iría a matar a Zaldívar. Pero con eso no haría más que agravar tu situación, precisamente por la amistad que nos tenemos. ¿Con qué cara me presento yo en el cuartel diciendo que tú no te bates y que yo voy a substituirte? ¿Qué pensarían los que te oyeron esta mañana decir a voz en grito que nadie tenía derecho a impedir que fueras precisamente tú a vengar nuestra ofensa? Si ahora, después de hacer un sorteo, te negaras...

JORGE

Tendría que pedir el retiro, ¿no es cierto?

VELASCO

Veo que me vas entendiendo. Nuestra carrera concede derechos, pero impone también obligaciones muy dolorosas. Yo siento hablarte así, pero comprende que de este modo pensarán nuestros compañeros, nuestros jefes. Ahora, si tú prefieres dejar la carrera, eso, allá tú. Piénsalo, Jorge. No quiero llevarme hoy una respuesta definitiva tuya. Piénsalo... Yo consultaré el caso con el coronel, que, como sabes, te quiere mucho. Así, seguiremos las costumbres propias de estos casos. Las cuestiones de honor no debe resolverlas nunca personalmente el propio interesado. Mientras tanto, piénsalo tú, Jorge, piénsalo... Adiós, hasta mañana. Piénsalo...

Vase por el foro. Jorge queda pensativo.

JORGE

¿Valdrá más el honor que mi conciencia...?

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Es por la noche, y solamente está encendido el aparato de luz con pantalla que hay encima de la mesa donde está arrimada la meridiana.

Al levantarse el telón, MARIA LUISA, medio echada en la meridiana, lee un libro que no debe interesarle mucho, a juzgar por la expresión de su cara. Por fin deja caer la mano que lo sostiene.

MARÍA LUISA

¡Qué tarde debe ser! ¿Si andará por ahí esa muchacha? ¡Natalia! ¡Natalia!

NATALIA

Por el foro.

Señorita

MARÍA LUISA

¿Qué hora es?

NATALIA

Cerca de las nueve y media.

MARÍA LUISA

¿Nada más?

NATALIA

Nada más, señorita. Es que debe estar rendida después de la noche que ha pasado; toda entera sin dormir.

MARÍA LUISA

¿Está tranquila la niña?

NATALIA

Sí, señorita; no se queja nada.

Pausa.

¿Quiere usted que le sirva la comida?

MARÍA LUISA

No, deja. Quiero esperar al señorito.

Otra pausa.

Tengo frío.

NATALIA

¡Como que hoy lo ha hecho! Más que día de Mayo parece de Enero. Pero en la portería, ya se sabe, desde que acaba Abril no vuelven a encender la calefacción aunque nieve un día.

MARÍA LUISA

¿Hay leña en casa?

NATALIA

¿Quiere usted que encienda la chimenea?

MARÍA LUISA

Enciende, sí. ¡Ah, oye! ¿Volvió Evaristo?

NATALIA

Ya hace un rato.

MARÍA LUISA

Dile que venga.

La doncella hace mutis por el foro. A poco vuelve a entrar con el asistente. Mientras éste habla con María Luisa, ella enciende la chimenea de leña.

EVARISTO

¿Da usted su permiso?

MARÍA LUISA

Pase. ¿Estuvo usted en el cuartel?

EVARISTO

De allí vengo, sí, señora.

MARÍA LUISA

¿Estaba el señorito?

EVARISTO

Mi capitán salió de allí a prima tarde, en cuanto dieron rancho. En cambio, al rancho de la noche no ha ido.

MARÍA LUISA

¡Qué raro! Porque hoy está de servicio, ¿verdad?

EVARISTO

Sí, señorita. Está "de día", hasta mañana, que lo relevan, a las once.

MARÍA LUISA

¿Entonces tendrá que volver a dormir esta noche al cuartel?

EVARISTO

Si no lo substituye otro capitán.

MARÍA LUISA

¿Usted ha oído algo?

EVARISTO

Mi capitán, cuando salió del cuartel, me pareció que se despedía del oficial de guardia hasta mañana. Por eso digo yo que no pensará volver allí a dormir.

MARÍA LUISA

Bien. Nada más. Gracias.

EVARISTO

Aquí está la orden para mañana.

Deja la orden encima de una mesa, y después hace mutis. La orden es un papel de tamaño de una cuartilla, impreso por una de sus caras. La doncella está terminando de encender la chimenea.

Pausa.

MARÍA LUISA

Estoy intranquila... ¡Qué angustia!

Se oye, mejor dicho, se adivina el timbre de la puerta. Para conseguir este efecto, debe sonar muy poco.

¿Han llamado?

NATALIA

No, señorita.

MARÍA LUISA

Sí, sí. Han llamado, estoy segura. Ve a abrir.

La doncella hace mutis por el foro. María Luisa siente impulsos de salir también, pero no se atreve. Un misterioso temor agita su espíritu.

Si será...

AYORBE

Dentro.

Buenas noches.

NATALIA

Dentro también, pero dirigiéndose a María Luisa.

Son los señoritos de arriba.

MARÍA LUISA

¡Qué fastidio! Ahora vamos a tener visita diaria.

Sale la doncella por el foro.

Que pase a mi cuarto la señorita Mercedes. Voy a echarme un vestido.

Mutis por la izquierda. Por el foro salen Mercedes y Ayorbe.

NATALIA

Dice mi señorita que pase usted a su cuarto.

MERCEDES

Bien.

Mutis por la izquierda.

AYORBE

¿Cómo sigue la niña?

NATALIA

Está mejor, señorito, muchas gracias. Puede decirse que casi no tenía más que el susto.

AYORBE

El señorito, ¿no está?

NATALIA

No, señor, no.

Mutis foro. Queda Ayorbe solo en escena. A poco entra Alejandro.

ALEJANDRO

¡Hombre, Ayorbe! ¿Usted por aquí?

AYORBE

¿Qué tal, Frontera? Ya me han dicho que su hermano no está.

ALEJANDRO

No sé. Yo acabo de llegar en este momento. ¿Quería usted verle?

AYORBE

Estoy queriendo verle desde ayer. Ya sabe usted cómo es la gente. En Madrid se murmura mucho, ¡mucho!, y ahora venía decidido a hablarle a Jorge con lealtad. Creo imprescindible que se entere de lo que quizá no sepa.

ALEJANDRO

Pues no está.

AYORBE

Después de todo, prefiero haberme encontrado con usted. Es menos violento para mí, y a usted le será más fácil hacerle comprender su situación. Al fin y al cabo, es usted su hermano, usted me entiende.

ALEJANDRO

Ni una palabra, francamente.

AYORBE

¿De verdad? Sordo tiene usted que ser entonces si hoy anduvo por Madrid.

ALEJANDRO

¿Qué se dice por Madrid?

AYORBE

Se dicen... se dicen muchas cosas. Historias antiguas que se sacan a relucir... murmuraciones... calumnias...

ALEJANDRO

¿Que a Jorge le da miedo batirse?

AYORBE

¡Eso es secundario! ¿Quién piensa en eso? La mayoría de la gente se ríe ya de las farsas de los duelos. ¡No quiera usted saber lo que se dice!

ALEJANDRO

Esté usted tranquilo, que yo no lo quiero saber. Me parece que es usted quien tiene interés en contármelo.

AYORBE

¡Por Dios, Alejandro! No sea usted injusto conmigo, que voy a tener que arrepentirme de haber dado este paso con la mejor intención. He venido a hablar con Jorge, porque mi deber de amigo me empujaba a ello.

ALEJANDRO

Sinceramente.

Perdóneme usted, Ayorbe. Estoy un poco nervioso y no reparo en mis palabras. Durante todo el día—y son las diez de la noche—no he oído más que ese "se dice". Esta mañana me levanté temprano y fuí a hacer un rato de ejercicio a la Sala de Armas. Allí pude escuchar por primera vez las dos palabritas. Durante el ensayo general de mi obra, me las repitieron luego todos los amigos. En la calle se me han acercado cuatro o cinco, muy indignados, para hacerme presente su protesta por "lo que se dice". Y ahora, en el Círculo, mientras comía, lo mismo: "Se dice... se dice..." Pero nadie me ha dado razón de quién lo dice, y todos han esperado inútilmente mi pregunta para contarme lo que se dice. Ya no puedo más, y voy a quebrantar mi propósito. Mi querido amigo: ¿Quiere usted tener la bondad de relatarme lo que se dice?

AYORBE

Calumnias, chismes viejos, como ya le indiqué... Algo relacionado con el suicidio del teniente Villena...

ALEJANDRO

¿Y bien...?

AYORBE

Se afirma que aquel crimen no fué espontáneo.

ALEJANDRO

Cierto. Sus compañeros, por un sentimiento de dignidad, que yo respeto como respeto todas las ideas, pero que no puedo compartir, le empujaron a ello después del desfalco.

AYORBE

¿Sus... compañeros?

ALEJANDRO

El mismo Jorge me lo confesó.

AYORBE

Dicen que había alguno más interesado que los demás en que Villena desapareciera.

ALEJANDRO

¿Qué quiere usted decir?

AYORBE

Yo, nada, amigo Frontera. Dicen...

ALEJANDRO

Pero, ¿quién es el miserable que ha inventado esa nueva infamia?

AYORBE

¡Vaya usted a saber!

ALEJANDRO

¡Zaldívar no ha escrito eso! ¡Ni lo ha insinuado siquiera! Sus insidias iban por otro lado; se referían a complicidades en el desfalco.

AYORBE

Pues por eso... por eso.

ALEJANDRO

¿Por eso? ¿Y por esa infame calumnia, por un "se dice" de gente desocupada, debe preocuparse un hombre decente? Y los que dicen serán, precisamente, los mismos que se han acercado a mí con el propósito de contarme el chisme.

AYORBE

¡Caramba, Alejandro! La cosa no es tampoco para que usted se ponga así. ¡Una calumnia...! No

hay que darle más importancia de la que, en realidad, tiene.

ALEJANDRO

Pero si era usted quien le daba importancia. Usted y cuantos se han acercado a mí hoy. Es muy divertido jugar con la honra de un hombre.

AYORBE

¿Y qué le vamos a hacer, si la gente es así?

ALEJANDRO

Pero a las personas de buena fe, a los que conocen a mi hermano, les debe constar que eso es mentira.

AYORBE

Sí; pero... Usted mismo lo ha dicho antes: la murmuración divierte mucho. Es de los entretenimientos más agradables. El mismo que niega la calumnia cuando la escucha por primera vez, se la cuenta después a otro que la cree.

ALEJANDRO

¡Si lo que se atribuye a Jorge es mentira, si es una monstruosidad!

AYORBE

Aunque sea mentira...

ALEJANDRO

Si puede probar que cuando se suicidó Villena él estaba en el extranjero.

AYORBE

Aunque así sea.

Pausa.

ALEJANDRO

Tiene usted razón. Cuando la calumnia se ceba en un hombre, ni pruebas, ni razones, ni la ejemplaridad de toda una vida honrada, son capaces a detenerla. ¡Ah, si los que, creyéndola o no, supieran la herida que produce en el alma! Si fueran capaces de imaginar el dolor inmenso, la amargura que puede pesar durante toda la vida del calumniado, entonces buscarían otro entretenimiento, menos divertido seguramente, pero más noble, ¡más noble!

AYORBE

Crea usted que yo, con la mejor intención... Ahora dudo si habré hecho mal en decírselo.

ALEJANDRO

Ha hecho usted bien. Después de todo, valía más saberlo. Gracias.

Por la izquierda, María Luisa y Mercedes.

MERCEDES

Empieza a oirse su voz un momento antes de salir.

¡Deja, deja! No salgas, que conozco el camino.

MARÍA LUISA

Buenas noches, Ayorbe.

AYORBE

Felices, María Luisa. ¿Cómo va?

MARÍA LUISA

Bien, gracias.

Inquieta al ver a Alejandro.

¿Estás tú aquí? ¡Qué milagro!

ALEJANDRO

¿Pues?

MARÍA LUISA

Como siempre te retiras de madrugada.

ALEJANDRO

¡Ah! No siempre, mujer. Qué exagerada eres.

AYORBE

¿Nos vamos?

MERCEDES

Si tú quieres...

AYORBE

Sí. Ya hablé con Alejandro... Buenas noches, María Luisa. Adiós, Frontera.

MERCEDES

Adiós.

ALEJANDRO

Buenas noches.

Mercedes, Ayorbe y María Luisa hacen mutis por el foro. María Luisa vuelve a entrar en seguida.

Hoy también te hemos dejado sola para comer.

MARÍA LUISA

Estás equivocado.

ALEJANDRO

Vivamente.

¿Vino Jorge?

MARÍA LUISA

No... ¿Por qué me lo preguntas así?

ALEJANDRO

Por nada, mujer. Es que me hubiera extrañado... Como creo que hoy está de día.

MARÍA LUISA

El estar de día no le impide venir a comer... Y hoy no ha venido.

ALEJANDRO

Entonces, ¿con quién has cenado tú?

MARÍA LUISA

Con nadie. No he cenado esta noche.

ALEJANDRO

¿Que no has comido, criatura...? ¿Pero tú sabes la hora que es?

MARÍA LUISA

Estoy intranquila, nerviosa... Tan nerviosa y tan intranquila como tú.

ALEJANDRO

Tus motivos tendrás. Yo tengo los míos.

MARÍA LUISA

¿Cuáles?

ALEJANDRO

Mi estreno, figúrate.

MARÍA LUISA

Es verdad.

Asombrada.

¿Pero no vas al teatro?

ALEJANDRO

No.

MARÍA LUISA

Pero, ¿por qué?

ALEJANDRO

No sé. Sin razón. Lo mismo se me podía haber ocurrido ver la obra desde las butacas, como otras veces.

MARÍA LUISA

¿No te interesa ver cómo recibe el público tu comedia?

ALEJANDRO

Sí, pero menos que otras veces. Yo me limito a plantear el conflicto, a exponer los hechos tal y como pueden suceder realmente. Los personajes de mi comedia hablan cada uno desde su particular punto de vista. Cuando empecé a dialogar, siempre me parecía que tenía razón el último a quien había hecho hablar. Y es porque yo no soy filósofo ni sociólogo; no me siento con autoridad suficiente para darle al público mi opinión. En mi obra, un mismo personaje, en virtud del mismo principio, obliga a la protagonista a realizar dos hechos de todo punto incompatibles, pero de todo punto inexcusables.

MARÍA LUISA

¿Y ella...?

ALEJANDRO

Los realiza, ¿qué hacer? No tiene más remedio que resignarse a los dos mandatos.

MARÍA LUISA

¿Y cómo se llama tu obra?

ALEJANDRO

Sin comentarios. El título no es una ironía, sino verdadera expresión de lo que he intentado hacer.

MARÍA LUISA

Sobresaltada, como antes.

¿Has oído?

ALEJANDRO

¿Qué?

MARÍA LUISA

¡Llamaron!

ALEJANDRO

No, mujer. Yo por lo menos no he oído nada.

MARÍA LUISA

¡Cuánto tarda Jorge!

ALEJANDRO

Sí.

Pausa.

MARÍA LUISA

Alejandro...

ALEJANDRO

¿Qué?

MARÍA LUISA

¿Por qué no has ido al teatro esta noche?

ALEJANDRO

Ya te lo he dicho, mujer; porque no se me ha ocurrido.

MARÍA LUISA

Tu intranquilidad no proviene del estreno; de lo contrario, estarías allí a estas horas.

ALEJANDRO

¡Qué tontería!

MARÍA LUISA

Algo te interesa más esta noche que lo que pueda suceder en el teatro. ¿Callas?

ALEJANDRO

¿Qué voy a decirte?

MARÍA LUISA

La verdad. Quiero que me digas la verdad, Alejandro. ¿Dónde está Jorge?

ALEJANDRO

No sé, mujer. ¿Cómo quieres que lo sepa?

MARÍA LUISA

Yo lo sospecho. Estaba intranquila. Pero cuando te vi entrar, mi temor se convirtió casi en certidum-

bre. Ya sabes a lo que me refiero... Lo sabes, ¿verdad?

ALEJANDRO

Pero me parece que tus temores carecen de fundamento. Tú misma, al declararme que Jorge había sido el designado por la suerte para batirse con Zaldívar, me dijiste que tu marido se negaba a ser el reparador de la ofensa, que delante de ti había estrechado la mano de su rival, después que éste salvó a la nena del incendio.

MARÍA LUISA

Sí, sí, es verdad; pero... No sé. Cuantos argumentos emplees tú para tranquilizarme, me los he dicho yo a mí misma. Pero tú no los encuentras, ni yo tampoco, lo suficientemente poderosos que logren quitarme de la cabeza esta idea que me mata. Si pudieras decirme con seguridad absoluta dónde está Jorge ahora, en qué sitio podría encontrarle, sólo así lograrías tranquilizarme.

ALEJANDRO

¡Pero qué tonto soy, mujer! Pues claro que sé dónde está. ¡Naturalmente!

MARÍA LUISA

¿Dónde?

ALEJANDRO

Tú también lo sabes. ¿No te acuerdas? Hoy es sábado. Jorge come todos los sábados con unos cuantos amigos.

MARÍA LUISA

En La Peña.

ALEJANDRO

En La Peña, pues claro está.

MARÍA LUISA

Es cierto.

ALEJANDRO

Por eso no te ha avisado que no le esperaras a comer.

MARÍA LUISA

Tienes razón. Voy a telefonear a La Peña.

ALEJANDRO

¡No!

MARÍA LUISA

¿Por qué?

ALEJANDRO

Mujer, ahora...

Volviendo a mirar su reloj.

Espera un poco; un cuarto de hora. Si dentro de un cuarto de hora no ha vuelto, telefoneas. Ya no puede tardar.

MARÍA LUISA

Cada vez más angustiada.

Alejandro, tú lo sabes todo, ¡todo! Tus últimas palabras te han vendido. Quieres entretenerme el tiempo preciso que tardará Jorge en volver porque sabes hasta la hora en que debe llegar a casa. Por eso has venido a esta hora, para esperarle. Y no viene, ¡no viene! ¡Por caridad, dime cuanto sepas! ¡Si te lo estoy leyendo en el semblante! Es inútil que sigas negando... Escucha: En este momento... ¿Pueden estar frente a frente, verdad?

ALEJANDRO

No.

MARÍA LUISA

¿No? Entonces es que... ¿Tú crees que debe haber sido ya...? Decías antes que Jorge no puede tardar...

ALEJANDRO

No puede tardar, no. Yo quería ocultártelo, pero veo que es inútil. Tampoco a mí me es posible seguir fingiendo más tiempo. Lo que sí te aseguro es que tengo el convencimiento de que no puede ocurrir nada desagradable. Ni Jorge odia a Zaldívar, ni Zaldívar puede odiarle a él; todo habrá sido una farsa, como tantas otras... ¡Pero, no te apures, mujer! El encuentro ha sido muy lejos, a sesenta kilómetros de Madrid... Pueden haber tenido alguna avería en el automóvil... Además, aunque habrán salido de allí de día, les habrá cogido la noche en el camino. Y de noche siempre se camina más despacio.

MARÍA LUISA

¡Le obligaron... le obligaron! ¡Contra su voluntad, contra su conciencia!

ALEJANDRO

Pero, ¿qué iba a hacer él? Compréndelo. La sociedad que denigra al ladrón por robar un reloj de

bolsillo, y la justicia que lo condena, se cruzan de brazos cuando un sujeto trata de arrebatarle a otro su honra. Esa misma sociedad se ríe después de las farsas de los duelos, y cuando de tarde en tarde ocurre una desgracia, cuando en el terreno se derrama sangre inocente, entonces vienen las lamentaciones tardías y el execrar el duelo, y empiezan a funcionar con furiosa actividad las ligas antiduelistas; pero nadie, ¡nadie! se preocupa de remediarlo en sus causas, de impedir que se pueda insultar y calumniar a mansalva... Ahí tienes a Zaldívar, un pobre hombre, al parecer. No le creo capaz de robar un reloj, y, sin embargo, llevado por la fuerza de la costumbre, con la tranquilidad de quien cuenta, por lo menos, con la indiferencia de esa sociedad asustadiza, se atreve a lanzar las más canallescas calumnias contra una Corporación respetable. ¿Qué iba a hacer Jorge, si esa Corporación, a la que pertenece, sintiéndose desamparada por la sociedad, le nombra ejecutor de su justicia?

MARÍA LUISA

Pero si Jorge no quería batirse, ¡no quería! No hay derecho para obligar a nadie a hacer lo que repugna a su conciencia.

Confidencial.

Escucha: voy a confiarte el secreto de mi amargura, la única nube que ha empañado la felicidad de mi matrimonio... Yo soy católica fervorosa. Así me

educaron, gracias a Dios, y llevo la doctrina de Cristo grabada en mi corazón. En cambio, Jorge no es creyente... Pues a pesar de la amargura, de la pena inmensa que esto me produce, nunca, ¡jamás!, he pretendido violentar su conciencia. Yo quisiera tener la elocuencia de los misioneros para persuadirle. Ese es mi ideal, mi sueño, lo que le pido a Dios diariamente con todas las veras de mi alma. Por la salvación de la suya he llegado a ofrecer hasta la vida de mi hija. ¡A eso he llegado! ¡He llegado a eso...! ¡Y, sin embargo, jamás le violenté! ¡Nunca le he obligado a practicar lo que no siente! ¡Desde el día que nos casamos, yo no he vuelto con mi marido a una iglesia! ¿Cómo no ha de indignarme que le obliguen otros, a la fuerza, quiera o no quiera, a realizar un acto donde puede encontrar la muerte? Dios hizo al hombre libre para el bien y para el mal. Y ni para el bien, ni para el mal, ni siquiera para las acciones indiferentes, debe violentar nadie una conciencia. Se puede violentar la voluntad para el cumplimiento de un deber previsto; pero la conciencia, nunca. ¡Le han obligado, le han obligado!

ALEJANDRO

Dirigiéndose al balcón.

¡Calla!

MARÍA LUISA

¿Qué?

ALEJANDRO

Un automóvil...

MARÍA LUISA

Sí, sí. Ha parado aquí.

ALEJANDRO

¿Será...?

MARÍA LUISA

¡Ojalá, Dios mío!

ALEJANDRO

Espera. No salgas. Iré yo.

MARÍA LUISA

No, espera tú también. ¡Tengo miedo, Alejandro, tengo mucho miedo! ¡No me dejes sola! Ya entrará aquí quien sea. ¡No me dejes ahora!

ALEJANDRO

¡Cálmate!

MARÍA LUISA

No puedo.

En actitud de súplica desesperada.

¡Dios mío, que venga! ¡Que sea él!

Llega por el foro Manolo Velasco de uniforme.

MARÍA LUISA

¡Velasco!

ALEJANDRO

¿Eh?

VELASCO

¿Estaban ustedes aquí? Buenas noches.

MARÍA LUISA

¿Solo, Velasco? ¿Usted solo...? ¿Y Jorge?

VELASCO

No se apuren ustedes. Está ahí. Ha venido conmigo.

ALEJANDRO

¿Pero...?

VELASCO

Tranquilícense. ¿No digo que no le ha ocurrido nada? Tu hermano es un caballero, y viene de dejar a salvo su honor.

JORGE

De uniforme. En la misma puerta, pálido y desencajado, con amarga ironía.

¡Mi honor...!

ALEJANDRO

¡Jorge!

Con la alegría salvaje del hombre que ha estado conteniendo largo rato sus sentimientos, se acerca a su hermano y le abraza con frenesí. María Luisa, en cambio, no se ha movido. Está en un extremo de la escena, muy pálida, interrogando a su marido con los ojos muy abiertos. Pausa.

JORGE

No me preguntes nada. Haces bien... Si en vez de ayer hubiera estado esta mañana en peligro de

muerte mi hija, en análogas circunstancias, habría muerto abrasada.

MARÍA LUISA

¡Jesús!

ALEJANDRO

¡Lo has matado!

JORGE

¡Calla! Yo no, ¡no he sido yo! Aunque hubiera querido, aunque le hubiera apuntado, no habría sido yo su matador. Tampoco lo es el oficial que manda el piquete, formado en cuadro, para fusilar a un hombre. Yo no quería matarle. ¡Si yo le amaba, le amaba desde ayer, cuando le vi entrar en esta casa con los brazos extendidos, depositada en ellos, como en bandeja de amor, a la hija de mi sangre!

VELASCO

Vamos, Jorge...

JORGE

Su bala pasó muy alta por encima de mi cabeza. ¡Y la mía fué a incrustarse en su corazón! El destino, inexorable, trazó la trayectoria. Yo no fuí, ¡no fuí! Pero la sombra de aquel hombre, su son-

risa irónica cuando nos pusimos frente a frente, la mueca horrible que acabo de ver dibujada en aquel semblante, perdurará siempre en mi cerebro. Siempre... ¡siempre...! Yo vivía feliz en la tranquilidad de mi hogar y con la ilusión de mi carrera. Ya la tranquilidad huyó de mí. Ahora, la sombra fatídica me perseguirá, turbará mi sueño, será la obsesión de mi espíritu, acechará mi despertar. Y así tendré que vivir mi vida de siempre por amor a los míos. Para que no les faltara el pan intenté representar una farsa que ha concluído en tragedia. ¡Que Dios nos juzgue a todos!

VELASCO

Vamos, Jorge, serénate. Ahora debes procurar descansar, tranquilizarte, no preocuparte de nada ni aparecer por el cuartel en algún tiempo.

JORGE

No, Manolo, imposible. Mañana estoy todavía de servicio; tengo el deber de ir al cuartel. Recuerda tus palabras de ayer: "Nuestra carrera concede derechos, pero impone también obligaciones". La de hoy... cumplida queda; hay que pensar en la de mañana. Ya ves si estoy sereno... ¿Tienes una orden?

MARÍA LUISA

Aquí hay una.

VELASCO

Leyéndola.

Tienes que estar a las ocho en punto en el cuartel para ir a misa con tu compañía.

MARÍA LUISA

¡Alejandro...!

ALEJANDRO

Sin comentarios.

TELON

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El más feliz, comedia en un acto.

Alboradas, cuentos.

Lo que ha de ser, comedia dramática, en tres actos.

Por el amor de Dios, comedia dramática, en tres actos, en colaboración con Enrique de Alvear.

Eduardo y su vecina, paso de comedia.

El emigrante, libreto de zarzuela de costumbres regionales, en dos actos.

La pimpinela escarlata, adaptación de la novela inglesa de la baronesa de Orcy, en cuatro actos, en colaboración con D. Federico Reparaz.

El dilema, comedia dramática, en dos actos.

EN PREPARACION

Como en los tiempos del Cid, comedia, en tres actos.

Dios, Patria y Rey, comedia histórica, en cuatro actos.

1830, ópera cómica, en un acto, en colaboración con Luis Soler, música del maestro José María Franco.

Precio: 3 pesetas.